

MAÏTÉ ALLAMAND

ABUELA Y EL HUERTO

SOL. EL HUERTO al sol. Las abejas despertaron locas de diligencia.

El huerto, lleno de abejas, radiante de madura serenidad, en su apogeo estival.

¿El huerto? Intenso, concentrado, ligeramente inclinada su extensión, que por el sur lo limita el flanco abrupto del cerro, y por el norte lo muerde con determinada intención la quebrada profunda.

¿El huerto? Tablas orientadas a toda luz, caminillos rectos y combados, como han de ser los caminillos de un huerto. Los almácigos, cara al sol, espaldas al viento. Y la tierra bien labrada, harneada, revuelta y aporcada, cernida y abonada, la tierra así, da. Generosidad provocada, pero generosidad integral.

Dar. Vocablo de significado inmenso, de resonancia prolongada y sostenida. Dar, rendir, multiplicar.

Y el silencio del huerto se dispersa, al acercarse rumor de pisadas ligeras, ritmo de menudas carreras, voces infantiles. Rueda de colores luminosos que se desplazan en desorden, se mezclan y separan los rojos de los azules, los blancos de los amarillos, los verdes, los rosados de los anaranjados. Ronda de cabelleras luminosas, ojos descubridores del mundo, pies que imprimen a la tierra blanda su breve tamaño. Una mujer es el centro del alegre tropel policromado. Lleva pantalón oscuro, es menuda y fina, bajo el gran sombrero de cosecha estival que le borra el rostro.

—¡No pisen los almácigos!

—¡Cuidado con las abejas!

—¡No estropeen los brotes!

La voz quiere ser dulce, es apenas audible, y forza las sílabas finales, cansada.

El grupo avanza, entre sol y sombra, se interna en el huerto, se disgrega, se aglutina, se vuelve compacto al amenazante zumbido de un moscardón. Los mayores señalan la ruta de avanzada, los pequeños titubean a la retaguardia.

—Abuela, ¿dónde te sientas hoy?

¿Sentarse? Verdad que es necesario hallar un sitio para establecerse. La mujer quisiera —como antaño— ir de un lado para otro, de un extremo del huerto al borde de la quebrada, y tocarlo, cogerlo, probarlo, revisarlo todo, a su antojo. Imposible. La fatiga acecha los movimientos, el dolor estalla y permanece, el corazón, con sus desordenados latidos, propone y exige la muy estricta inmovilidad.

Aceptada en su carne la limitación, y en su alma una nueva fase de la existencia, la mujer sonríe a los pequeños y responde:

—Aquí, hoy nos quedaremos junto al damasco viejo.

Recogidas las frutas de oro que lloró la noche, los niños estiran en el suelo el espeso chalón, acomodan el cojín, rodean a la mujer que se sienta, espaldas al tronco.

Anciano, viejísimo damasco, pero en verdad inagotable. ¡Qué frondosa y almibarada riqueza la de esas ramas que se pliegan para dejarse despojar! Los niños cogen, recogen, cortan, muerden, chupan. Llenan con damascos el gran sombrero de paja. Gritan, pelean, ríen, devoran a toda boca la pulpa rosada. El dulce jugo unta manos y rostros.

—¡Cuidado! No se empujen. ¡Las frutas más maduras son para los más chicos!

Hablar también agota. La mujer descansa de sus exclamaciones mordiendo un damasco.

¡Qué perfume exquisito! ¡Qué piel maravillosamente pigmentada y suave, suave como esas adorables mejillas de los niños!

Fruta. Un árbol pletórico de fruta, en verano. Sol. ¿Es posible soñar más perfecta maravilla? Fruta pura, espontánea, madurada a punto de tiempo, de luz y de savia. Fruta individual, voluntariosa, ni hermanada en docenas, ni humillada en kilos, ni friamente clasificada por tamaño o condición. Fruta libre y señorial, que tiene derecho a podrirse en el suelo, a entregarse a las abejas, a guardarse entera y apetitosa para ella, la dueña del huerto, para los niños, nietos de la dueña del huerto... ¡Ah!

La mujer sueña. Sueña. ¡Qué distinto es un árbol, mirado desde donde se lo mire! De lejos, de alto, cúpula compacta o trémula, pirámide vibrante, espectáculo enhiesto y vivo, con grandes brazos alucinados que captan pájaros y vientos. Desde el suelo, desde la inti-

midad de tronco arriba, ¡qué ternural ¡qué dulce mansión de follaje espeso, atravesado por goteras de sol! ¡Qué maternales las ramas que se comban y se multiplican para procrear la sombra, acunar los nidos, acariciar flores y frutas!

La mujer sueña, mientras los niños ríen y devoran. El sol pestañea en sus mil ojos de luz. Sueña la mujer, y recatados los párpados, la claridad sigue hormigueando en sus pupilas. Es la fragilidad de la convalecencia.

De pronto un vahído le vuelca el huerto entero, y todo queda suspendido en posición vertiginosa. Todo gira, desmenuzando, revuelto, pulverizados la forma y el color. Los damascos maduros surgen de la tierra, los pequeños cuelgan de los árboles y giran, giran... las ropas de colores violentos son mariposas que vienen y se alejan. Es un carrusel enloquecido...

Calma, calma. La mujer mantiene los ojos bajos, acalla su inquietud, regula su respiración, trata de dominar su taquicardia. Sabe, comprende. No hay que temer, porque el miedo daña, el terror confirma y acrecienta el mal.

Calma, quietud, silencio. Lentamente, entreabre los ojos, a ver si se ha apaciguado el caos. Poco a poco, los pequeños recobran su estructura normal. La mujer atisba el milagro con fruición. El mundo vegetal y la sarabanda infantil han reconquistado su equilibrio. Una vez más, la vida triunfó de la maligna obscuridad.

Sin duda, el amor ayuda tanto como los medicamentos. ¿El amor? Sí, sí, el obstinado amor a la existencia y sus mil palpitaciones diferentes, el amor al amor, el...

—¿Todavía damascos, abuela?

Sí, siempre damascos, y sol, y vida. Siempre hasta el postrer umbral de lo posible.

Cede la tensión, renace la serenidad. La mujer recobra su paz, sus manos, su espíritu. Siente, mira, huele, coge una fruta y la muerde.

Los pequeños también están muy cerca, junto a ella, curiosos, cabalgando las rayas violentas del chalón.

—¿Abuela?

Sí, y no. No más damascos. Ya pasó la angustia. Es preciso cambiar. El huerto es un mundo saturado de maravilla, pero hay que descubrirlo, planta a planta, palmo a palmo. Es preciso enseñarles a los niños el fascinante reino de los insectos, la turgente potestad de las hortalizas, reinando en su ambiente primordial de plena tierra...

—Abuela...

—Ahora, escuchen bien: ahora, todos a cazar hojas y plantas. Cada uno me trae lo que le pido. A ver, los mellizos, una mata de lechuga. Isabed, un ají verde, sin morderlo porque pica fuerte. Manuel, una zanahoria entera, ¿recuerdas cómo te enseñé a desenterrarlas? Bernardo, un tomate de los más rojos. Solita, una hoja de repollo. Magdalena y Corina, apio y perejil. Ricardo, tú, una betarraga. Y tú... tú... ¡Señor! ¿Cómo se llama este chiquillo? ¿cómo? ¿olvidar el nombre de uno de...? ¿será que viene la crisis, otra vez? ¿que se aproximan el colapso, quizás la muerte?

—Tú, querido, ve al fondo del huerto, trae una breva madura, que ha de haber muchas en el suelo.

Se incorporan, se revuelven, se mezclan, se separan, se dispersan por el huerto, diminutas faldas al viento, pantalones de pocos centímetros y varoniles aprestos. ¡Qué espectáculo!

Luego vendrá el hortalicero, pala al hombro, a reclamar de tierras pisoteadas, de frutas mordidas y plantas estropeadas. ¡Oh, el hortalicero! La señora le hablará bien bajo, mirándolo a los ojos, hasta que humille la vista:

—Segundo, ¿no vale más un momento de felicidad para mí —bien sabes que me quedan pocos días de vida— que un brote, un zapallo, una lechuga? Responde...

Sin contestar, se irá con pena en el alma y miedo en el corazón. La pena es por el miedo. El miedo es porque sabe muy bien: muerta la señora, el primer despedido de la quinta será él, Segundo Atierra, por inútil, borracho y holgazán.

¡Ah, la vida, la muerte...! El escuadrón de cazadores de plantas se desenvuelve a todo color, en el huerto adormecido, a todo calor. Hasta los zorzales, acezando, buscan la sombra más espesa de las ramas.

(Sueña la mujer, al reparo del viejo damasco. Coge la primera persona, como un trofeo maduro, una fruta especial, una probabilidad mayor. E invade el huerto con la potencia de su yo indiscutible...)

—Yo... oigo gritos, risas, parlamentos empalagosos, sílabas sin mucha coherencia. El monocorde cri-cri de un grillo. Un fío, sobre mi cabeza, dice "fío, fío", y repite su desafío buscando un equilibrio mejor. ¿Canta, la cigarra, o pena y trabaja para emitir su obsesionante tac-tac, tac-tac? ¿Por qué la han difamado tanto los fabulistas en sus fabulosas invenciones? Me gustan las cigarras, las quiero mucho... Un día voy a enseñar a los pequeños a hipnotizar cigarras, a capturarlas, naturalmente, para devolverles su libertad.

Cigarra, hormiga. ¿Cómo cantarían las hormigas si tuvieran voz? En realidad, yo fui las dos: cigarra por vocación, hormiga por necesidad y disciplina. ¡Extraña mezcla! Sí, sí y sí. Aunque no les gusta que lo repita, es la verdad. Todo cuanto tengo, y por tanto lo que ellos heredarán, lo gané cantando, y lo acrecenté trabajando, defendiendo, vendiendo, comprando, inventando, disputando, amenazando, rogando, venciendo... ¡Ah!

Vuelven hacia mí los mellizos, abrazando sus lechugas máximas. Iguales en la satisfecha sonrisa:

—Ya, abuela, lechuga...

—Ya, abuela, lechuga...

Es ritual. Dejan su cosecha a mi lado, se acercan y tienden la mejilla para el beso-recompensa. ¿Damascos? ¿Mejillas? El mismo terciopelo maduro de sol y de vida.

Pero quiero estar sola todavía, que se vayan a buscar otras lechugas, allá al fondo del huerto, detrás de las cebollas, de esas verdicrepas que se llaman escarolas.

Me saco un instante los anteojos oscuros. La claridad me inunda los ojos. Veo vibrar las ondas luminosas, allá lejos. Dos libélulas azules vuelan a plena luz. Colores, olores, y una pequeña silueta orgullosa que se yergue, de pronto, junto a mí:

—Abuela, me comí la breva madura...

Juan. ¡Juanito! ¿Cómo pude, hace un instante, olvidar ese nombre? Será que en mi vida lo he pronunciado demasiado... ¡Juan! Si este chiquillo se llama como él...

—Abuela, estaba rica la breva... Ahora me voy a dar almuerzo a los hormigones...

Dio vuelta sus espaldas, decididas. ¿Mantenedor de hormigones? Extraña vocación...

¡Ah! ¡La angustia que me inunda otra vez! ¿Será la vejez, la incipiente senilidad que aprovecha mi lenta convalecencia?

El pequeño se fue, sin mirar atrás. Así se marchó él, también, hace tanto, tanto tiempo.

¡Oh, Juan, Juan!

No, ya no es tiempo de revivir el eterno litigio, ni de pensar y repensar, inquirir, juzgar, pesar, volver a pesar. La duda murió, fue aplastada por los años. Si tomé entonces el camino errado, fue involuntariamente.

Quizás me equivoqué al escoger la ausencia, el vacío, la soledad, el asiento para siempre desocupado a la cabecera de la mesa familiar, antes que la humillación permanente, la farsa, el engaño. Quise pro-

teger a mis hijos de la hipocresía, los herí hasta la médula del alma, creyendo substraerlos al mal. Me pregunto a veces: ¿serían lo que son, si yo no hubiera sido lo que fui?

Sueño, y sueño, y se me olvida la realidad. ¿Cuántos pequeños, en total? ¿Y cuántos más, de aquí a mi muerte?

Siembra y cosecha, el huerto germinando. Mis hijos, hombres espléndidos, padres modelos. La vida palpitando y multiplicándose en los vientres jóvenes de las madres de mis nietos... ¡Ah! Si supieran cuánto las quiero, pese a tantas barreras, cuánto las admiro, les agradezco su generosa fecundidad, cuánto quisiera ayudarles, darles mucho más que mis joyas y mi dinero.

¡Qué encantadoras son, con sus mohines de mujeres adoradas, sus caprichos de criaturas satisfechas y el maravilloso egoísmo que despliegan para embrujar definitivamente a sus hombres!

Me gusta el clima apasionado que se respira en esta casa... Mi casa, mi clima. Es mi herencia y mi regalo, aunque, púdicos y orgullosos, se defiendan. Se aman, se aman, con la pasión más legítima e integral. Para ellos, afortunadamente, todo va codo a codo, por el mismo camino. Y esos amores bendecidos llenan mi huerto de retoños. ¿Cuántos?

—Abuela, la betarraga...

—Abuela, el repollo...

—Abuela, el ají...

Vuelven. Volvieron. Cada cual con el rostro más sucio, el cabello más revuelto, los ojos más maravillados. Algunos tienen algo tan mío, tan tremendamente mío... Me voy, y ellos empiezan. ¿Qué importa morir, si vivo en ellos? Es gloria marcharse, permaneciendo, es dulce apagarse, ardiendo.

Mediodía. Han venido a buscar a los pequeños. Despliegue de acidez, uniformes impecables y mercenaria autoridad. ¡Qué niños tan sucios! ¡Malcriados! ¡Insoportables!

.....

¿Sola? Sólo la muerte es soledad.

Estuve sola, es verdad, durante largos días de irresolución y dolencia. Casi resuelta a renunciar, despidiéndome en crepuscular letanía de todo lo apetecido. Luego, una fuerza tremenda me obligó a querer seguir viviendo.

Inmensas horas, abovedadas de silencio, durante las que reestructuré mi regreso al mundo del movimiento. Sin duda, era el momento para dar el salto, aprovechar la enfermedad para aceptar el cambio. ¿Ser una vieja mujer joven? ¿Disimular ferozmente años y decrepitud? ¿O convertirse suavemente en una joven anciana, con mejillas intactas todavía?

Misterio. Todo me llevaba a escoger la segunda fórmula, a renunciar. ¡Los encantadores chales que me tejieron! Color de abuela, blanco ceniciento, gris pálido, malva desvanecido. Y el sillón, vasto y confortable, de renovada felpa, que apareció en mi cuarto, junto a la ventana... invitándome con infinita discreción a la claudicación definitiva... Fue en vano, tejidos y atenciones perdidos.

En cuanto pude levantarme... ¡oh, escándalo! Pedí mis pantalones oscuros, mi ropa deportiva, estricta y depurada. Mis cosméticos, hábilmente invisibles. Mis dientes perfectos... mi silueta fina, discreta... Mis manos que no temen el resplandor de las gemas. ¿Entonces? ¡No, mil veces no!

No parezco una vieja artista en retiro, recargada y marchita... Soy una señora que fue artista, sin dejar nunca de ser señora. Así es. Si a veces desean mi muerte, a hurtadillas, doliéndoles mucho el fondo del alma, es porque se imaginan deshacerse de un pasado que los humilla. Se equivocan. Cuando yo desaparezca, se encenderán las tintas de imprenta, los viejos recuerdos y las lenguas. Moriré del corazón, y los pobrecitos, de furor e impotencia. Por ellos mismos es preciso que yo viva mucho todavía.

¿Sola? Otra vez la palabra se introduce a traición en mi pensamiento. Una cigarra me aplaude. ¡Adoro las cigarras! Me aplauden, me aplauden... cientos de ojos me consumen de miradas agotadoras. ¿He cantado bien? ¿He vivido bien? ¿Por qué el amor y la admiración destruyen su objeto? Me agradan los damascos, y los devoro a plena voracidad... Me miran, me espían, me admiran, tantos y tantos ojos... ¡Loca de mí! Si son las innumerables pupilas palpitantes del sol bajo el damasco.

¿Quién puede mirarme ahora, sino la cigarra, el zorzal, la hormiga, y el gran ojo circular y singular del mirasol?

El calor me embriaga, como embriagan el orgullo, el éxito, el amor... ¡Cuánto pretérito que no se decide a desaparecer!

Es ya hora y temperatura para volver al fresco refugio de la casa. Borro los grandes cuadros rojos del chalón. Es preciso recoger mi

sombrero-cesto, lleno de damascos maduros. Está lejos, todo está muy lejos. La tierra está abajo, muy abajo, muy...

¿Otro vertiginoso deslumbramiento?

El tronco del árbol es firme, rugoso, reconfortante.

Muerdo un damasco, a todo morder.

¿Por qué lado vendrá lo que ha de venir?

¿Será como un relámpago? ¿cómo una brisa?

Aquí estoy, no tengo miedo.